

región cuicateca que comprende los señoríos de Papalotícpac-Tepeucila, Tututepetongo, Atlatlahucan y Cuicatlán, entre otros. La sección histórica del códice *Porfirio Díaz y Fernández Leal* culmina con el matrimonio de la hija del señor “Mano que causa temblores” gobernante de Pápalo y el señor “Serpiente” de Tepeucila. Ya que con este matrimonio se dio origen a una de las más importantes dinastías cuicatecas del periodo Posclásico.

Sin duda, son cada vez más necesarias las interpretaciones o visiones de conjunto de un mismo manuscrito. Los estudios parciales o los que se enfocan a un solo aspecto del contenido del códice no esclarecen ni profundizan sobre la naturaleza del mismo. Se requieren estudios globales que indaguen en la documentación generada alrededor de los documentos. El análisis de los códices cuicatecos que hoy presentamos, viene a aportar nueva información trabajando desde esta perspectiva y resulta un nuevo avance en los estudios de los códices mexicanos.

MANUEL A. HERMANN LEJARAZU

*Códice Florentino*, México, Editorial Más Cultura y Editorial Aldus, 2001, 4 v. + un volumen introductorio de Miguel León-Portilla intitulado *De la oralidad y los códices a la Historia general. Génesis del Códice Florentino*, 99 p.

A principios de 1580, fray Rodrigo de Sequera, comisario de la Orden Franciscana se embarcaba en Veracruz rumbo a España llevando consigo cuatro volúmenes manuscritos de una *Historia universal de las cosas de Nueva España* compuesta por su hermano de Orden, fray Bernardino de Sahagún. El destino de los libros era el rey Felipe, quien, en agosto de 1572, había pedido al Virrey Martín Enríquez en una cédula expedida en El Escorial que, “remitiera cuantas noticias pueda adquirir acerca de la historia de México”. Sequera, al llegar a México en 1575, había dado cumplimiento a este deseo real, que coincidía con el del presidente del Consejo de Indias, Juan de Ovando y sobre todo con el de él mismo, admirador de la obra de fray Bernardino de Sahagún.

Fue así como, al llegar Sequera a México, se puso en marcha la elaboración del libro que ahora se vuelve a imprimir, *el Códice Florentino*, que no es otra cosa sino la versión final de la *Historia General de las Cosas de la Nueva España*, bilingüe, “muy historiada”. Durante dos años, el *Scriptorium* del Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco estuvo lleno de

mesas y pupitres y sobre ellos, plumas y pinceles, tintas, pinturas y pliegos de papel de hilo traído de lejos. Podemos imaginarnos el ambiente de trabajo con el ir y venir de los maestros y tlahcuilos consultando los libros de pinturas, es decir, los códices, al mismo tiempo que las obras de Aristóteles, Plinio y San Isidoro, los repertorios de grabados renacentistas y, sobre todo, los papeles que Sahagún y su equipo habían ido redactando durante casi treinta años, desde 1547. Por fin, en 1577 nació el *Códice Florentino*, con sus dos columnas, una en castellano y otra en mexicano y sus más de 1800 ilustraciones en color; uno de los manuscritos más bellos del Renacimiento.

El mismo fray Bernardino, rompiendo la humildad franciscana, calificó su obra como “digna de la mirada de un rey”, en la dedicatoria a su protector, fray Rodrigo de Sequera, que antepuso al libro VI de los doce en que dividió el *Códice*. Aunque no lo dijo, seguramente pensó que Felipe II, al recibirlo, lo mandaría imprimir. Pero no fue así. Antes de que Sequera se embarcara en Veracruz a principios de 1580, el Rey ya había cambiado de opinión y el 22 de abril de 1577 había ordenado que se enviaran al Consejo de Indias todos los escritos de Sahagún. Este cambio en la voluntad de Felipe ha sido objeto de estudio por parte de los más destacados sahanunistas. Pero cualquiera que lea el libro final del *Códice*, el libro XII, entenderá el por qué: la versión de la Conquista que en él se narra, supone una crítica desconocida en la historia. Ningún gobernante del siglo XVI, ni aún del XX, se sentiría contento de patrocinar un relato histórico en el que los vencedores tuvieran el papel de culpables.

Pasó el tiempo, y de aquellos cuatro volúmenes que Sequera llevó al Rey sólo se supo en los tratados de los bibliógrafos. Fue después de más de dos siglos, en 1793, cuando Angelo María Bandini publicó en Florencia su obra *Bibliotheca Mediceae Palatinae in Laurentianam traslatae codices*. Bandini describe la obra e incluso reproduce fragmentos de los “Prólogos” a los doce libros. Era como un faro de luz en el oscuro túnel en el que habían quedado los escritos de fray Bernardino. Un siglo después, Francisco del Paso y Troncoso y Eduardo Seler peregrinaban a Florencia para tener entre sus manos el tesoro aparecido y darlo a conocer al mundo académico. Nosotros lo tenemos en nuestras manos sin necesidad de movernos, gracias a la edición de 1979 patrocinada por el Gobierno de la República y a la nueva de que hoy disponemos.

Si tuviéramos que definirlo con pocas palabras podríamos decir que el *Códice Florentino* es la obra paradigmática de Sahagún, deslumbrante en cuanto a su contenido y a su belleza formal. Al redactarla, su autor la pensó como manifestación imperecedera de una cultura y, quizá también, como manantial inagotable para que otras generaciones pudieran

recrear la vida y el pensamiento del México antiguo. Es ella una *summa* de los trabajos de corte antropológico que Sahagún comenzó en 1547, al terminar la gran peste. En aquel año, recogió una colección copiosa de huehuetlahtolli, que después incluyó en la *Historia general* conformando el libro VI. Poco después, en 1553 recogió la versión de la Conquista en la voz de los vencidos. El relato, intitulado "La conquista de México" pasó a formar el libro XII. Con estos dos textos, el misionero dado a la conversión, se dio a otra tarea, la de conocer la lengua y el pensamiento de los nuevos cristianos y convenció a su superior de la necesidad de adentrarse en el conocimiento de la cultura de los pueblos nahuas. Por fin, en 1558 comenzó la que se ha calificado como investigación integral de la cultura náhuatl en Tepepulco, Tlatelolco y México. Recogió información copiosísima, que distribuyó en diez libros a los que sumó los dos que ya tenía listos pocos años antes. En total, doce libros, que hoy conocemos en varias versiones con el nombre de *Historia general de las cosas de Nueva España*. Como ya se ha dicho, la última versión es la contenida en el *Códice Florentino*.

El *Códice Florentino* es, en definitiva, el resultado de un esfuerzo de treinta años de diálogo con el mundo nuevo que le tocó evangelizar. El joven misionero que llegó a la Nueva España en la barcada de 1529, aprende la lengua de los nahuas y queda atrapado en ella y en el pensamiento que la sustenta. Poco a poco su meta, sin dejar de ser divina, se va haciendo humana, humanísima. Deja de lado el *Sermonario* en náhuatl que había empezado a redactar en 1540 y se dedica a escuchar a "los sabios retóricos virtuosos y esforzados que eran tenidos en mucho en esta nation indiana," como dice en el "Prólogo" del libro VI.

Maestro de Santa Cruz de Tlatelolco, convive con los colegiales, aprende y enseña y forma su gran equipo, sin el cual nunca hubiera podido crear una infraestructura para elaborar su magna *Historia*. Con ellos dialoga y establece una red de contactos humanos a través de la cual extrae toda la información posible acerca del pensamiento de un pueblo. Después, "a sus solas", se sumerge en esa información, la repiensa, la traduce y la reestructura en un nuevo molde: una enciclopedia dividida en 12 libros y cada libro en capítulos y párrafos, dispuestos conforme a un orden jerárquico: lo divino, lo humano y las cosas de la naturaleza. Es decir el enorme caudal de conocimientos es dispuesto en una traza conforme a dos coordenadas, una horizontal, temática y otra vertical, jerárquica. Es el viejo modelo de las enciclopedias grecorromanas que Sahagún conocía bien, particularmente a través de Plinio el Viejo y San Isidoro de Sevilla. He aquí con palabras del propio Sahagún, el contenido de los 12 libros:

...el primero de los cuales trata de los dioses y diosas que estos naturales adoraban; el segundo, de las fiestas con que los honraban; el tercero, de la inmortalidad del alma y de los lugares adonde decían que iban las almas desde que salían de los cuerpos y de las sufragias y obsequias que hacían por los muertos, etc; el cuarto libro trata de la arqueología judiciaria que estos naturales usaban para saber la fortuna buena o mala que tenían los que nacían; el quinto libro, trata de los agüeros que estos naturales tenían para adivinar las cosas por venir; el libro sexto trata de la retórica y filosofía moral que estos naturales usaban; el séptimo libro trata de la filosofía natural que estos naturales alcanzaban; el octavo libro trata de los señores y de sus costumbres y maneras de gobernar la república; el libro nono trata de los mercaderes y otros oficios, y de sus costumbres; el libro decimo trata de los vicios y virtudes destas gentes; el libro undecimo trata de los animales y aves y peces y de las generaciones que hay en esta tierra, y de los arboles, yerbas y flores y frutos, metales y piedras y otros minerales; el libro duodecimo se intitula "La conquista de México".

Una mirada rápida al contenido de los libros nos muestra un corpus sistematizado conforme a la teoría aristotélica del conocimiento: definir, analizar y clasificar las ideas y las cosas en una jerarquía que va de lo general a lo particular, de lo sublime a lo modesto, de lo más a lo menos; de los dioses a los ritos y sacerdotes; de los hombres y su filosofía moral a los señores, a los artesanos, macehuales y esclavos; de los animales superiores, a las sabandijas y mosquitos, zancudos, los moyotl, que dice él, "pican como los de Castilla".

Sin duda, al observar la disposición de esta enciclopedia, viene a la mente la más famosa de todas, la de San Isidoro. Este español del siglo VI, mitad vándalo y mitad romano se dio a la tarea de compilar en un solo libro, la cultura pagana y la cristiana en una época en que el cristianismo se imponía con fuerza y el paganismo se resistía a morir. Su obra *Originum sive etimologiarum* más conocida como *Las etimologías*, es un ambicioso intento de definir y registrar los conocimientos de su tiempo. Está dividida en 20 libros: los primeros recogen las enseñanzas que se daban en las escuelas romanas alrededor del *trivium* y el *quadrivium*. Después vienen los libros dedicados al saber de lo divino, pero lo divino en un sentido muy amplio, pues allí encontramos también los dioses de los gentiles y hasta los poetas griegos y romanos. Los libros noveno y décimo están dedicados a la lengua y al alfabeto, con énfasis en las etimologías. A partir del libro XI, Isidoro se enfoca sobre el hombre y sus portentos y después pasa a tratar de los animales. El mundo, la tierra, y los continentes forman los libros, 13 al 15. Tema de este último libro son las grandes ciudades de la anti-

güedad, los edificios públicos, las bibliotecas y hasta los oratorios y sepulcros famosos. Los libros restantes son un repositorio de todo: de piedras preciosas y metales, de armas y triunfos, anfiteatros y gladiadores; de las vestimentas de los clérigos y los no clérigos; de la comida, de los platos y los vasos y hasta de las lámparas que se usaban para el día y para la noche. A esta breve descripción sólo añadiré que de *Las etimologías* se conservan más de 1000 ejemplares copiados en pergamino en los monasterios europeos, dato que confirma su valor como libro de consulta en las escuelas y universidades medievales.

No es extraño que el nombre de San Isidoro pesara en la conciencia de Sahagún cuando tuvo que sistematizar el enorme cuerpo de datos que con su equipo de trilingües había logrado reunir en Tepepulco, Tlatelolco y México. Optó por hacerlo, como hemos visto, en 12 libros siguiendo la jerarquía ya comentada: lo divino, lo humano y las cosas de la naturaleza. Este hecho nos muestra el espíritu humanista de Sahagún, al poner una cultura peregrina y considerada incluso bárbara, a la altura de las más elevadas, las de griegos y romanos. Pero hay dos innovaciones respecto a las enciclopedias clásicas: una, la de recoger toda la información en la lengua mexicana, es decir en la lengua de una cultura exótica y ajena a la tradición grecorromana. La otra, la de terminar su enciclopedia con un libro sobre un hecho histórico reciente, la conquista de México. Ambas innovaciones confieren a la *Historia general* un carácter único, la de ser la primera y quizá única enciclopedia antropológica en el universo de las culturas.

Estas dos innovaciones responden a una actitud que rompe el modelo del etnólogo clásico dedicado a historiar a pueblos ajenos a él pero en su lengua y desde su propia perspectiva cultural. Sahagún, despojándose de cualquier sentimiento de etnocentrismo, se deja conquistar por una cultura radicalmente diferente a la propia, se introduce en ella a través de la lengua y la fija para siempre en el papel. Bueno, en realidad no lo hace él y esto es otra novedad histórica: lo hacen los hombres de esa cultura, los propios nahuas. Son ellos los que hablan en su lengua y en español. Sahagún escucha, pregunta, espera a que hablen los otros y recoge palabra y más palabras; pone un espejo delante del sabio, del *tlamatini* y mientras la palabra se refleja en el espejo, Sahagún no cesa de preguntarle hasta llegar a lo más profundo de su corazón, a lo más recóndito de su espíritu. El sabio libera su palabra y habla incluso de lo divino, de su fe en el hombre, de sus dudas y angustias, de los enigmas sobre la vida y la muerte.

Resulta así que Sahagún escribe sin sus propias palabras; es más, organiza una enciclopedia con la voz de muchos. Sin duda es él quien elabora la minuta, estudia las respuestas y las estructura conforme a

un orden. Pero al leer la historia, el lector tiene la sensación de que Sahagún está escondido y sólo sale en los "Prólogos" y en las confutaciones que añadió a sus libros en un doble juego de justificar su obra y refutar lo demoníaco.

Tal capacidad de acercarse a los demás para escucharlos y guardar su palabra nos lleva a otro matiz interesante de la enciclopedia sahaduniana, que es la fuerte presencia en ella de la tradición oral. Las enciclopedias anteriores a él eran *summas* de conocimientos extraídos de autores reconocidos por su sabiduría y erudición, es decir, de autores de formación académica. Sahagún al redactar su *Historia*, trasvasó el saber que se cultivaba en el calmécac, guardado en los códices y en los textos orales canónicos, es decir, el saber, podríamos decir, culto de los nahuas. Pero además recopiló muchos textos orales en los que se refleja el saber rutinario y sencillo de la gente del pueblo, de labradores, albañiles, tejedores y hasta el de los esclavos. Nada desdeñó; antes bien consideró que lo escuchado, aunque viniera del hombre más modesto, podía tener un significado universal. De esta manera, al escuchar la voz de todos, dibujó "el rostro y el corazón" de la cultura náhuatl y concibió la primera enciclopedia antropológica hecha por cualquier autor en cualquier tiempo.

Hay que señalar, también, otra innovación al modelo clásico, la de terminar su enciclopedia con la narración de un hecho histórico cuasi presente, la Conquista de México en la voz de los conquistados. Novedad de Sahagún es la de recoger desde fuera, con la voz de los de dentro, la palabra de los conquistados en su propia lengua; es como si Bernardino saliera de él mismo y se introdujera en la conciencia desgarrada de los otros para hacer pervivir su voz. De hecho, en el libro XII de su *Historia*, los vencidos son los protagonistas; por ello el libro representa una nueva categoría histórica, la de la "visión de los vencidos", en la que el autor acepta la perspectiva del otro confiriéndole un valioso peso testimonial. Esta nueva forma de historiar es aplicable a otros pueblos y a otras culturas, de forma que la propuesta de Sahagún, cobra validez universal.

En suma el *Códice Florentino* es el rescate de la palabra de un pueblo y el saber de una cultura. Es un tratado singular, quizá único, en el que se entreteje con maestría la sabiduría mesoamericana con los moldes del pensamiento renacentista. Al romper con el etnocentrismo y poner una cultura extraña en parangón con las culturas clásicas, su autor mostró que cada ser humano, y cada pueblo es protagonista en el universo de las culturas. Por ello, es la primera enciclopedia antropológica de la historia y es también un eslabón en la cadena del rescate y la trasmisión de la historia universal de la cultura. Como Plinio y

San Isidoro, Bernardino se esforzó por rescatar la cultura que se resistía a morir y armonizarla con la nueva que se imponía con fuerza. Hoy tenemos el privilegio de poder ver aquella cultura, que aun pervive, con sólo abrir cualquier página de estos cuatro volúmenes y leer cualquier párrafo, en castellano y en náhuatl. El lector que sepa las dos lenguas percibirá el universo del pensamiento náhuatl expresado conforme a dos sistemas cognitivos. El que sólo sepa una de ellas, lo percibirá adaptado a su propio sistema según el método que fray Bernardino se propuso al escoger la forma bilingüe para redactar su obra. Unos y otros descubrirán en el *Códice Florentino* un manantial de conocimientos, dos lenguas en armonía y un mundo de bellas imágenes en las que están presentes signos y símbolos cargados de significación.

Falta destacar, y esto es muy importante, que los cuatro volúmenes del *Códice* van acompañados de un volumen introductorio de Miguel León-Portilla titulado *De la oralidad y los códices a la Historia general. Génesis del Códice Florentino de Fray Bernardino de Sahagún*". Se trata de un estudio introductorio muy amplio, 99 p., en el que se tocan muchos aspectos referentes a la elaboración de la obra. Paso a paso, León-Portilla analiza las distintas etapas del largo proceso de 30 años en el que Sahagún y su equipo recogieron un universo de información, la examinaron y la dispusieron en 12 libros. En este largo proceso queda bien delimitada la labor de Sahagún en Tepepulco, 1558-1561, donde recogió los primeros testimonios, los llamados por Paso y Troncoso *Primeros Memoriales* y asimismo los años de trabajo en Tlatelolco, 1562-1565, donde redactó los *Segundos Memoriales*, con mucha mayor información. A partir de 1565, Sahagún revisa, corrige y estructura sus manuscritos y les da la forma que hoy podemos ver en los *Códices Matritenses*.

Siguiendo al propio Sahagún, y tomando en cuenta las aportaciones de Francisco del Paso y Troncoso, Miguel León-Portilla explica cómo se llevó a cabo la versión final de la *Historia*, el *Florentino*, propiciada por fray Rodrigo de Sequera. En su exposición, nos acerca a un Sahagún que se adentra paso a paso en la cultura de los pueblos nahuas y que asimila, tanto los testimonios escritos, como todos aquellos que formaban parte importante de la tradición oral. Finalmente hace una valoración crítica de los testimonios que recogió el franciscano y considera que la obra de Sahagún "es una investigación antropológica tal y como hoy la entendemos y se practica no sólo en el Nuevo Mundo sino en el orbe entero".